

sus altares, en sus tabernáculos, en sus tronos, en las almas puras!

¡Todo en vano!

Y como al entrar en su cielo cerró la puerta del Paraíso, oye de afuera clamores angustiosos que dicen: ¡Ábrenos! ¡Ábrenos!

Y Dios se inclina, pero sólo para responder:

¡Es ya tarde! ¡El tiempo de la misericordia acabó! ¡Haced ahora paso á mi justicia!

¡Y qué justicia! ¡Justicia eterna!

(*Simientes del Paraíso.*)

DIOS.

¡Dios de los mundos! ¿cómo no cantarte,
Si llena está mi alma de tu nombre?

¡Dios de la eternidad! ¿cómo nombrarte,
Cómo cantar tu gloria podrá el hombre?

¡Oh sumo Dios! El alma que me diste
Ni callar ni cantar tu nombre osa
¡Sólo sabe ofrecerte el llanto triste
Que de este pobre corazón rebosa!

¡Llanto de amor, que en su amargura encierra
Á la vez la desdicha y el consuelo!
¡Inmenso amor, sin término en la tierra,
Que, ansioso de su bien, aspira al cielo!

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN.

EL CATECISMO

ORGANO

DE LA «CONGREGACIÓN DEL CATECISMO»

Hec est victoria qua vincit mundum, fides nostra.

Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.

1^o Epist. de S. Juan, Cap. V, v. 4.

DOCTRINA

(Continúa.)

P. ¿Cómo se hizo hombre nuestro Señor Jesucristo?

R. *En el vientre virginal de nuestra Señora la Virgen María, por obra del Espíritu Santo, quedando ella siempre virgen y verdadera madre de Dios.*

El Verbo divino no podía ser *Jesús*, esto es, nuestro Salvador, sino con la condición de tomar sobre sí las penas que merecíamos, y no podía tampoco tomar estas penas sino con la condición de revestirse de nuestra naturaleza pasible, uniéndola á su naturaleza divina, para dar valor infinito á los sufrimientos de esa humanidad que tomaba.

Pero ¿cómo se hizo hombre el Hijo de Dios? Esto es lo que vamos ahora á explicar.

Cuando llegó el instante fijado desde toda la eternidad para la reconciliación de los hombres con Dios, el arcángel San Gabriel fué enviado por el Altísimo á la ciudad de Nazareth, á una virgen llamada María, de

la tribu de Judá y de la sangre real de David, familia que por entonces se hallaba reducida á una condición pobre y humilde. Aunque María se consagró á Dios desde su infancia por un voto de perpetua virginidad, se desposó con un hombre justo llamado José por designio especial del Señor, á fin de que este justo sirviera de custodio y de protector de la virginidad de María, tutor y proveedor del divino Niño que la Virgen pura había de dar á luz.

Hallábase María en su humilde aposento entregada á la oración, cuando el arcángel se le apareció y con alto respeto y profunda veneración le habló de esta manera: *Dios te salve, María, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú entre las mujeres.* A esta aparición inesperada y al oír esas palabras de tan grande alabanza, la modestísima virgen se turba y se pregunta qué puede significar tal salutación. Mas el ángel inmediatamente añade: *No temas, María, porque has hallado gracia en los ojos de Dios. Concebirás y darás á luz un hijo á quien pondrás por nombre JESÚS. Este será grande y será llamado Hijo del Altísimo.*

Semejante proposición no pudo menos de causar la más viva sorpresa á la Virgen que por ser tan cuidadosa de su pureza la había consagrado á Dios; y por esto responde diciendo: *¿Cómo ha de ser eso, pues yo no conozco ni jamás conoceré varón alguno?* María se hallaba muy lejos de pensar en el prodigio que había de verificarse en ella, y temió por su virginidad. Por lo cual el ángel la tranquilizó con es-

tas palabras: *El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra; por cuya causa el fruto santo que de ti nacerá, será llamado Hijo de Dios.* Que fué como si le hubiera dicho: Concebirás sin detrimento de tu virginidad y serás madre sin dejar de ser virgen; el Espíritu Santo, que es la virtud de Dios, formará milagrosamente en tu seno el fruto que has de dar á luz y aumentará el brillo de tu virginidad. El ángel confirmó esta predicción revelando á María el prodigio que había obrado Dios en la casa de Isabel, quien hallándose en una ancianidad de tal manera avanzada que no podía ya, según las leyes naturales, ser madre, lo era no obstante. Y aunque este prodigio no tenía comparación con el que debía producirse en María, bastó sin embargo para probarle que ninguna cosa es imposible á Dios.

Conocedora entonces María del secreto divino, no opone la menor dificultad y presta su consentimiento en estos términos: *Hé aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.* Apenas fueron pronunciadas estas palabras, el ángel desaparece, y María, la esclava del Señor, es ya la Madre de Dios; porque en ese mismo instante, el Espíritu Santo formó en el casto seno de María, de su sangre virginal y de su substancia, un pequeñito cuerpo para el cual creó y al cual unió una alma dotada de incomparable perfección; y en el mismo instante el Hijo de Dios unió á su divina persona ese cuerpo y esa alma, con la unión más íntima, con la unión más indivisi-

ble y natural; de lo que resultó que aquel que era Dios, Hijo único del Padre, se hizo también hijo de María. *El Verbo se hizo carne.*

Esta es la historia del misterio; y de ella podemos aprender dos cosas importantes: 1.º, la verdad de la concepción de Jesucristo; 2.º, la manera prodigiosa de verificarse.

El Hijo de Dios tomó real y verdaderamente nuestra carne; y así como nosotros fuimos concebidos en el seno de nuestras madres y formados de su substancia, así Jesucristo fué concebido en el seno de María y formado de su substancia. Por manera que la esencia del misterio de la Encarnación consiste en que, el Hijo de Dios, Dios desde toda la eternidad con el Padre y el Espíritu Santo, en el tiempo fijado por el mismo Dios, que fué cuatro mil años más ó menos, después de la creación del mundo, tomó en el seno de María un cuerpo y una alma semejantes á los nuestros y se hizo Hombre-Dios, quedando verdadero Dios y verdadero hombre, sin dejar por esto de ser una sola persona que llamamos *Jesucristo*. Hé aquí en breves palabras las verdades de fe que se refieren á este misterio; verdades que nos interesan conocer pormenorizadamente, y es la primera: que encarnó en las entrañas de María, no el Padre, no el Espíritu Santo, sino el Hijo. Sin duda que la primera y la tercera persona de la Santísima Trinidad pudieron haber tomado como el Hijo, la naturaleza humana; pero no fué así, sino que esta segunda persona fué la que lo hizo. Y si bien es cierto

que no hay necesidad de buscar el *por qué* en una cosa que depende enteramente de la libre voluntad de Dios, los santos Padres alegan muy sólidas razones para demostrar la conveniencia de que este misterio se efectuara únicamente en la segunda persona, siendo la primera y principal de ellas el que se conservara una perfecta correspondencia entre las denominaciones de *Hijo*; de tal manera que el que ya era y se llamaba *Hijo de Dios*, pudiera llamarse y pasara á ser también *Hijo del hombre*: lo que ciertamente no se hubiera verificado si hubiesen encarnado la primera ó la tercera persona; porque en este caso la persona que habría tomado la naturaleza humana hubiera podido llamarse hijo del hombre, pero no Hijo de Dios. *Convenientísimo fué, dice San Bernardo, que se hiciera especialmente Hijo el que era ya Hijo, á fin de evitar toda ambigüedad en el nombre.*

La segunda verdad es que el Hijo de Dios, al hacerse hombre, no se despojó de su divinidad y no deja de ser Dios. Si alguna vez se interpone una densa nube entre nosotros y el sol, de modo que nos oculte los rayos y el esplendor de éste, ¿diremos, por eso, que el astro luminoso ha perdido la menor partecita de su magnífica luz? Así igualmente el Verbo divino, ocultándose bajo el velo de nuestra humanidad, como tras de una nube, no ha perdido ni disminuído su grandeza soberana, infinita, y queda Dios como era. Siempre que consideremos á Jesucristo encerrado en el seno de María, naciendo en un establo, envuelto en pañales, sujeto á toda clase

de privaciones, humillado, perseguido, maltratado, crucificado y exhalando el último suspiro en medio de los más espantosos tormentos y oprobios, la fe nos lleva á reconocer bajo estas humildes manifestaciones al mismo Hijo de Dios, engendrado desde toda la eternidad del seno de su Padre, al dueño y soberano Señor de todo lo creado.

Tercera verdad. Si el Hijo de Dios hecho hombre no deja de ser Dios al encarnarse, debemos reconocer y confesar en él dos naturalezas, la naturaleza humana y la naturaleza divina; la naturaleza divina, puesto que es Dios, y la naturaleza humana, puesto que es hombre. Es verdadero Dios engendrado de la substancia del Padre desde toda la eternidad; es verdadero hombre engendrado en el tiempo, de la substancia de María; hombre perfecto, con alma y cuerpo como nosotros; como nosotros, tiene una alma racional, dotada de inteligencia y de voluntad; como nosotros, tiene un cuerpo compuesto de carne, sangre, huesos, etc.; pasible y mortal, sujeto á todas nuestras debilidades, á la hambre, á la sed, al calor, al frío, al cansancio, á todo en fin, excepto el pecado.

Estas dos naturalezas están unidas en Jesucristo, pero sin mezclarse, sin confundirse, guardando cada una su ser: la naturaleza divina el ser divino, la naturaleza humana el ser humano, y cada una sus propiedades y sus perfecciones; además, como en Jesucristo se distinguen dos naturalezas, se distinguen en Él por consiguiente, la inteligencia divina y

la inteligencia humana, la voluntad divina y la voluntad humana, la operación divina y la operación humana. *(Continuará.)*

MORAL

VALOR CRISTIANO.

Continúa.

Los hombres han ambicionado siempre el honor de recibir los conocimientos y la educación de maestros distinguidos, y tributan su admiración y respeto á los verdaderos discípulos de esas lumbreras.

Los cristianos, como católicos, somos discípulos de Jesucristo.

¿Quién podrá calcular debidamente este honor? Jesucristo no es sólo el filósofo más sabio que jamás haya existido, como conceden los racionalistas con estudiada é hipócrita generosidad, para creerse después con derecho de negar la religión revelada. Es Jesucristo la misma Sabiduría Eterna: es Dios hecho hombre, el Maestro divino, la luz del mundo; el camino, la verdad y la vida, la luz que brilla en las tinieblas y que ilumina á todos los hombres. De todo esto ha dado pruebas irrecusables, y á los incrédulos de todos los tiempos dice como á los que le objetaban durante su vida mortal: *operibus credite.*

Somos discípulos de Jesucristo. ¡Oh! cuando leemos el santo Evangelio, grábese en nuestra alma la venerable imagen del Divino Maestro. Es imposible que se olviden la natural modestia y gravedad que brillaba en sus palabras y en sus acciones; la amabilidad y ternura que mostraba á los niños y limpios

de corazón; la caridad y atractivos que infundían confianza en los pecadores y los movían al arrepentimiento; el valor y energía que desplegaba ante los orgullosos, hipócritas y taimados fariseos; la mansedumbre y serenidad con que arrojó los padecimientos y la ignominia de los azotes y de la cruz.

Somos cristianos: nuestra doctrina es la doctrina de Jesucristo. Nunca los filósofos más conspicuos de la sabia antigüedad se aproximaron siquiera á tan sublimes enseñanzas. El divino Maestro despliega sus labios para predicar su celestial doctrina, y le escuchan atónitas las turbas sin perder una palabra. En sus discursos se suceden sin interrupción ideas nunca oídas, se revelan hondos misterios: reina empero admirable sencillez y se pone al alcance de las inteligencias menos cultivadas. Los entendimientos como tierra sedienta reciben el rocío de la verdad: los corazones laten al impulso de dicha nunca soñada y aspiran y ven posible la adquisición de la suma y eterna felicidad. Aquel pueblo afortunado descubre nuevos y dilatados horizontes: oye decir que son bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos: que los mansos y humildes de corazón todo lo avasallan, pues se enseñorean de sí mismos: que los que sufren resignados reciben el verdadero consuelo: que los deseosos de justicia satisfarán sus anhelos: que los misericordiosos, los limpios de corazón y los pacíficos tendrán derecho al reino de los cielos.

La confianza filial, la ferviente devoción, se apo-

deran de las almas cuando Jesucristo las pone en comunicación con su Eterno Padre diciendo: orad de esta manera: «Padre nuestro, que estás en los cielos, etc.»

¡Qué extraña sorpresa, qué grata transformación experimentarían seguramente los corazones á medida que el Salvador iba encendiendo en ellos el fuego ardiente de la caridad, y enseñándolos á amar no sólo á los que nos aman, sino también á los que nos aborrecen y aun á los que nos calumnian y persiguen!

La fe se aviva, la dulce esperanza renace cuando con argumentos tan concluyentes como sencillos demuestra la providencia de Dios sobre sus criaturas: ¿quién se atreverá á desconfiar de un padre solícito que alimenta y conserva las aves del cielo, sin embargo de que no siembran ni recogen en graneros? ¿Quién será el criminal que por un momento ponga en duda la providencia de Dios que ha vestido de hermosura los lirios del campo, por manera que ni Salomón en el apogeo de su gloria se vistió con mayor magnificencia?

Sobre el fundamento de la más profunda humildad sentó el edificio de las virtudes cristianas, y su bellísima moral las comprende todas.

La vida de todas las virtudes y la aspiración suprema del alma es el amor: la perfección y divinización del amor es la caridad en su doble objeto: Dios, sobre todas las cosas; el prójimo como á nosotros mismos y por Dios.

Quien profesa esa doctrina y practica esa moral, no tiene por qué avergonzarse.

Somos cristianos, discípulos del más sabio, del más grande de los maestros, que supo enseñar como nadie con su palabra y con su ejemplo. Es el modelo de los humildes, pues siendo la grandeza por excelencia, se abate hasta parecer el último y más despreciable de los mortales. Su caridad no reconoce lindes, por eso busca en todo la honra y gloria de su Padre; por eso también da hasta la última gota de su sangre para rescatar al linaje humano.

Leamos la historia de la Iglesia y veremos que en todos tiempos han existido valerosos confesores de la fe; y no ante vulgares enemigos, sino desafiando las iras de hienas coronadas y soportando impávidos los tormentos y la muerte. Ruboricémonos por nuestra cobardía é imitémos á nuestros padres en la fe.

Recorramos nuestra gloriosa historia y veamos que al servicio, exposición y defensa de nuestra doctrina y moral, han puesto todos los esplendores del genio hombres celebérrimos, entre los que descuellan los Padres y Doctores de la Iglesia.

Sabios de primer orden, descubridores de los arcanos de la ciencia, han sido formados en nuestras escuelas y han vivido y exhalado el último aliento en el seno del catolicismo. En esos talentos superiores cupieron perfectamente la fe y la ciencia: en esos corazones nobilísimos había amor á la religión y á la patria, al orden y á la libertad, á la moral y al progreso.

Estudiemos nuestra dignidad; démonos cuenta de nuestra grandeza y mostrémonos, sobre todo en el terreno de la práctica, discípulos y soldados de Jesucristo.

En este punto más que en ningún otro, la cobardía es signo inequívoco de ignorancia ó de mezquindad de alcances. El cristiano cobarde no conoce su doctrina, no conoce su moral, no conoce su historia; ¡qué vergüenza!

XVI LAS BUENAS Y LAS MALAS LECTURAS.

Ahora se lee mucho, pero sin discernimiento entre lo bueno y lo malo; de prisa, como quien ambiciona abarcarlo todo; sin profundizar nada. No hay por tanto que esperar grandes provechos para la ciencia y la moralidad, y sí hay mucho que temer. Lo peor es que la gangrena avanza y que estamos muy lejos de poner el remedio.

El afán de saber es una inmensa ventaja; pero como toda fuerza, requiere acertada dirección para que no sea perjudicial ó por lo menos se gaste inútilmente.

Hay en el hombre una natural tendencia á los conocimientos: *Omnis homo naturaliter scire desiderat*, decía el Filósofo, y lo contrario es una monstruosidad ó síntoma de degradación, puesto que toda facultad cognoscitiva tiende espontáneamente á su ejercicio, á su cultivo y perfección.

El hombre á su vez encuéntrase siempre rodeado de multitud de circunstancias que van encauzando, por decirlo así, las facultades é innatas inclinaciones: la edad, el grado y calidad del talento, el medio social en que se vive, la época, y sobre todo el método de educación, vienen á ser causas poderosas que enervan ó alientan el afán de saber, y de seguro le modifican en cuanto al camino de satisfacerle la materia que para el cultivo se prefiere, los alcances de las aspiraciones, la solidez de los conocimientos, etc., etc.

A dirigir y saciar esa sed han obedecido en todas épocas las escuelas y los libros en mayor ó menor número, con mayor ó menor eficacia. En nuestros tiempos, siquiera sea con pésimos métodos, se han multiplicado las escuelas; el número de libros es incalculable, á lo que debemos añadir las revistas de todas clases y los periódicos de todos colores que día con día ven la pública luz.

¡Leer! ¿Quién ha probado de veras el indefinible placer de la lectura reposada y metódica que no se sienta casi irresistiblemente inclinado á los libros? ¡Con razón! mientras leemos parece que conservamos continua comunicación y hasta íntimo y familiar trato con los autores. A medida que pasamos la vista por las páginas, vamos formando el proceso de las ideas que emite el escritor: hay cierto placer en el juicio crítico que hacemos de su manera de discurrir, del método de desarrollo parcial ó total del asunto: aquí nos sorprende la luz de una nueva

idea; allí completamos ó ratificamos las que habíamos adquirido; ora admiramos el vigor del raciocinio; ora nos inspira compasión la debilidad de las pruebas; quizá se fecunda nuestra inteligencia para discurrir de propia cuenta.

(Continuará.)

VARIEDADES

ÚLTIMOS MOMENTOS DEL REY DON FELIPE II

«Era sin duda cuadro admirable, y á la vez tristísimo, contemplar al devoto Monarca, tendido en su lecho, casi exánime, con una vela bendita en la mano, ayudándole á tenerla asida D. Enrique de Guzmán, y en la otra, con auxilio de D. Fernando de Toledo, la imagen de Cristo crucificado. Allí mismo, y por encima de todos, suspiraba triste D. Francisco de Rivera, mostrando al moribundo Monarca la reliquia del glorioso S. Albano. . . . La paciencia, mansedumbre y dulzura que el augusto enfermo manifestaba en todas sus palabras, amén de la resignación en el divino beneplácito, eran cosa para poner admiración á cuantos le contemplaban. Todo lo cual, no solamente escritores católicos, fidedignos y numerosos predicán y declaran, pero hasta los mismos protestantes obliga-

dos lo confiesan. Afirman éstos, con efecto, que el Rey Prudente permaneció en aquel estado doloroso y penosísimo que se va señalando, por espacio de cincuenta días, teniendo siempre levantados los ojos al cielo. Y siguen declarando cómo en el discurso de aquella enfermedad gravísima dió singular ejemplo de la más heroica paciencia, de igualdad de ánimo prodigiosa y de conformidad con la muerte que le enviaba Dios extraordinaria. Y después de esto, continúan refiriendo, cómo cuanto hizo y habló el piadosísimo D. Felipe en aquella situación, fué prueba por lo menos indirecta de la verdad y sinceridad con que había procedido durante la vida. Y enseñan más dichos autores heterodoxos, á saber: que el augusto paciente recibió con celo admirable los santos sacramentos y cuanto la Iglesia ordena para ser presentado en la otra vida como agradable á los ojos de Dios. Y acaban recordando la elemencia grande del Rey, cuando mandó poner en libertad á muchos presos, y á otros volver los bienes que tenían confiscados.

«Tal escriben á veces, arrastrados por la fuerza de la verdad, los enemigos más implacables de Don Felipe. Y tornando á las manos el hilo de la narración comenzada, es cosa manifiesta sería y formalmente por cuantos allí estaban, que el Rey Prudente no hubo miedo ni horror de la muerte; sino muy por lo contrario, mostró deseos muy grandes, y aun vivísimos de morir. Lo cual es por cierto cosa extraordinaria y muy apartada de la ley común á que andamos obligados todos los mortales. Besaba con tal

ansia y tanto amor los pies y clavos del crucifijo que tenía entre las manos, que se le quería comer é introducía á veces en la misma boca; y esto con tal ternura y devoción, que dejaba á cuantos le miraban harto suspensos y por demás edificados. Todos los escritores que por deber y oficio refirieron la muerte de Felipe II, advierten muy oportunamente que las últimas palabras pronunciadas por el gran Filipo, llamado por ellos con la mística Doctora de Ávila «santo,» fueron estas: «Muerdo como católico, en la fe y obediencia de la Santa Iglesia Romana.» Antes de morir dejó S. M. un encargo en orden á la mortaja, y fué que en habiéndole vestido con ella, le pusiesen al cuello una cruz de madera tosca, colgada de un cordel igualmente basto, que como dejo dicho he visto, abierto el sepulcro, estar aún entera sobre su pecho. Son notables y dignas de estamparse aquí las palabras que á este propósito y en elogio del Rey Prudente dejó escritas Fray José de Santa Teresa, historiador general de la Reforma Carmelitana. «No escogió, dice, para sí este gran Monarca, cruz de otra materia, porque supo que Cristo no murió en plata, ni en oro, sino en palo: en que mostró que era más católico que monarca.»

JOSÉ FERNÁNDEZ MONTAÑA.

AMOR Y GLORIA DE DIOS.

SONETO.

Te amo, Señor; en tu existencia creo,
 Tu santo nombre en los espacios suena,
 Y sobre el orbe, que tu aliento llena,
 Radiando en gloria y majestad te veo.

Yo te adoro, Señor; tu ciencia leo
 En esos astros que tu mano enfrena,
 Y que en la vasta inmensidad serena
 Siguen la ley de tu inmortal deseo.

Cuando, desnudo de la humana escoria,
 Rompa los lazos que me impiden verte,
 Será mi esencia con la tuya unida;

Porque es tu *Sér* emanación de gloria,
 Negación absoluta de la muerte,
 Y afirmación eterna de la vida.

A. HURTADO.

FÁBULA.

LA PIEDAD BIEN ENTENDIDA.

El muchacho, el podador y el manzano.

Á un manzano podaba un hortelano,
 Y un muchacho, con íntimas querellas,
 «¿Por qué,» decía á gritos, «inhumano,
 Del tronco á quitar vas ramas tan bellas?»

— «Córtalas, podador,» dijo el manzano,
 «Qu» se me quiere encaramar por ellas.»

*El tal rapaz, que procuraba arguyo**El bien ajeno en beneficio suyo.*

R. DE CAMPOAMOR.

EL CATECISMO

ORGANO

DE LA «CONGREGACIÓN DEL CATECISMO»

*Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.**Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.*

1º Epist. de S. Juan, Cap. V, v. 4.

DOCTRINA

(Continúa.)

Cuarta verdad. Aunque en Jesucristo hay dos naturalezas distintas, no hay sin embargo en él más que una sola persona. El Hijo de Dios y el Hijo de María no son dos Hijos, sino uno solo que es Jesucristo. ¿Cómo puede ser, diréis, que el que es Dios y es hombre á la vez, no sea más que una sola persona? — Por impenetrable que sea este misterio, nosotros mismos llevamos de él una imagen clarísima en esta otra no menos inexplicable, aunque muy real y muy verdadera unión de dos substancias, alma y cuerpo, tan completamente diferentes que parecen incapaces de comunicarse entre sí, por tener cualidades tan opuestas; el alma espiritual, el cuerpo material; el alma racional, el cuerpo bruto; el alma inmortal, el cuerpo mortal. Y con todo, estas dos substancias se unen en nosotros con tal intimidad, que no forman más que una persona y un hombre, no